

Universidad Nacional de Córdoba: mirada a través de los últimos veinte años

La escritura en torno a la Universidad de Córdoba de los últimos veinte años me lleva más allá de la obvia pero imprescindible periodización. Por cierto, la acotación de dos décadas, a la vez que traza el límite a la referencia, señala lo que hay todavía antes, aún elusiva o abusivamente y a lo que no tengo más remedio que recurrir. La mirada hacia atrás pone en riesgo aquello que Sartre llamaba la mala fe, o sea encontrar una cierta causalidad en los hechos leídos desde el presente, que puede transformar la reja de la mirada foucaultiana en una mirada entre rejas, presa de cierta razonabilidad narrativa: así que mi propósito me lleva a fluctuar y hacer de la óptica una panóptica, y acaso una microóptica lanzada desde el espacio de Filosofía y Humanidades, lugar de mi tránsito universitario. El tejido de recuerdos, testimonios y datos se ofrece como un sostén para dar al discurso ciertos apoyos que atraviesan la certidumbre ideológica desde donde hablo.

La Universidad de Córdoba está sostenida por su solo nombre en la tradición. La tradición no unívoca de lo monumental y de lo cotidiano, de la intelectualidad jesuítica y la historia del libro. Está fuertemente ligada a la ciudad, siendo casi tan antigua como ella misma. En este siglo su nombre evoca de inmediato los sucesos de la Reforma de 1918¹, de la rebelión contra la dictadura de Onganía que asesinó a Santiago Pampillón, del Cordobazo (en 1969), del Viborazo (en 1971), de las experiencias obreras de vanguardia. La disputa por los principios del movimiento del 18 que la proyectó hacia toda Latinoamérica y el mundo, marcó el siglo dividiendo las aguas y los espíritus entre pro y contra reforma.

Pero voy a localizar mi reflexión y memoración en la década del 60. En la segunda parte de ella, más precisamente en 1966, año del golpe militar que se dio el nombre de Revolución Argentina, fue cuando inicié mi camino por los claustros universitarios. Asistí al derribo organizado de todos los postulados y prácticas de transformación que habían culminado en el período previo, consagrando su autonomía con fuerza de ley.

Para mi propia experiencia, este quiebre resultó una criba para el despliegue y puesta en acto de mi visión de mundo. El rito de pasaje al mundo adulto, sinónimo de ingreso a la universidad para las clases medias, de conquista de la emancipación familiar, intelectual, ideológica y de género (en el sentido de «gender» según el más avanzado discurso de lo femenino), se vio trastornado por este avatar de la represión política, por la censura impuesta al gesto y a la palabra, multiplicando entonces los frentes de ruptura necesarios. Recuerdo las normas expresas sobre la vestimenta, sobre el peinado y las buenas costumbres, la comisión de moralidad, la violencia de recibir la transmisión por parte de aquellos que como herencia usurpada habían obturado la ausencia forzosa de los expulsados. Ese casi lustro se me inscribió en cuerpo y alma, igual que a muchos de aquel tiempo, como una época de demandas, crecientes, cuantitativa y cualitativamente, de un tránsito irrenunciable hacia los objetivos de lucha por la recuperación de la autonomía de la institución universitaria obtenida un par de años antes.

El estudiantado se había convertido en un poder. Con algunas excepciones, el Otro a derribar en los claustros era el conjunto del cuerpo profesoral, objeto de la diatriba política fundada en el discurso de la sociedad más justa, que vendría al cabo, diseñada por nuestra práctica. Nuestros principales aliados en la universidad eran los no docentes, nos gobernábamos con cuerpos de delegados análogos a los de los gremios de vanguardia y, entre tanto, las mujeres inaugurábamos un espacio de participación para el género que se consolidaría luego, en la representación de mujeres en algunas instancias directivas y ejecutivas (vgr. decanato de Filosofía en 1973).

En el bienio 69-70 se instaló en el campo educativo una visión consensuada de permitir el ingreso de discursos para el tratamiento de una problemática de la educación, abriéndose así un tiempo de discusión de fundamentos y prácticas pedagógicas. En el período 70-73 (en el que concluí mi carrera de Letras Modernas y me inicié en la de Psicología), en este mismo campo la universidad asistía a la producción y proliferación de proyectos educativos elaborados en la Escuela de Ciencias de la Educación, que aportaba desde las fundaciones teóricas a la provisión metodológica y de aplicación a campañas de alfabetización en lo que se constituyó en un modelo de transferencia a la comunidad.

Aunque las llamadas ciencias tradicionales, «duras» y las unidades académicas correspondientes parecían gozar de la asepsia proveniente de su objeto, en el campo de los estudios de las ciencias naturales desde fines de los sesenta se había abierto paulatinamente un espacio para el discurso ecologista. En el ámbito tradicional de la facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales el ingreso de semejante perspectiva, hizo lugar asimismo a formas renovadas en la pedagogía de la transmisión y se inició un período de práctica extensiva a la comunidad.

Es así que podemos reconocer como dos tiempos, uno de reinserción desde la especificidad de la función de la universidad y otro, posterior, de borramiento de tal especificidad y confluencia como una fuerza política más en el conjunto de fuerzas que propendían al cambio de estructuras sociales. Primero la universidad, la «Casa de Trejo», monumento sordo y monológico, devenido academia de marfil de espaldas al pulso de la sociedad, parecía asistir a la agonía de su aislamiento: ahora era reinscripta, primero, desde la producción de discursos específicos desde campos varios del saber transferidos al seno de la sociedad. Después, violentamente, en forma de acción política. Teníamos tareas importantes que cumplir en aquel tiempo épico: no queríamos simplemente estudiar y leer la historia, queríamos hacerla. Los géneros perdían también importancia en su especificidad, por cuanto mujeres y varones éramos legitimados de conjunto por el propósito común de la transformación. La universidad intervenida devino así universidad interveniente en el caldero de la protesta social. El gremio docente, por entonces, logró consolidarse y fortalecerse, presentando una cohesión inédita. Son éstos los puntos claves de un marco sociopolítico donde me desarrollé como sujeto universitario.

Mi recorrido fue delineándose entonces entre la vicisitud política y el propósito de emancipación personal y subjetiva; los proyectos personales se mezclaban con los políticos, el crecimiento era crecimiento en lucha: los años de la recién inaugurada alianza obrero estudiantil, habían recortado el espacio universitario en un sitio de combate, encarnado en nuestra voz, nuestro ademán. La celebración del compromiso político, tenía un carácter erótico, casi dionisiaco.

Al menos los ámbitos de Humanidades y Arte fueron profundizándose como espacios tácticos recuperados y reservados para la estrategia general del poder político revolucionario: Desde la universidad haríamos la revolución, cambiaríamos la sociedad aliados a las fuerzas obreras y populares, tal como lo habíamos practicado en el Cordobazo.

En 1973, con la reconquista de la democracia, fundada en las luchas de los sindicatos clasistas a los que se aliaron los estudiantes y sectores im-

portantes de la población de Córdoba (pienso en la experiencia de SITRAC/SITRAM, sindicatos de la industria automotriz, en Agustín Tosco² y el Sindicato de Luz y Fuerza), la asunción del poder político de la universidad por parte de las nuevas izquierdas en 1973 dio impulso a la profundización de esa tendencia. Las unidades académicas más radicalizadas fueron Filosofía y Humanidades, Escuela de Artes, Asistencia Social, Ciencias de la Información y Arquitectura. La propuesta de transformación pedagógica que mencioné antes, cristalizó en la puesta en práctica de los talleres totales, forma de transmisión no autoritaria, más bien comunitaria y deconstructiva e interdisciplinaria preocupada por la contextualización del saber y de la institución. Ésta era la propuesta desde el claustro docente para aportar al cambio y posibilitando el acceso a los principios del materialismo histórico. Este viraje se constituía en una muestra de la culminación del proceso legitimador de las ciencias humanas y sociales (ascenso de las ciencias humanas y sociales en el campo legítimo de la universidad) iniciado en la década anterior y al amparo de los proyectos liberadores de la sociedad.

Es así como el vendaval político comenzó a arrasarse con toda especificidad, tautologizándose el discurso: era mucho más importante conocer las formas de estructuración, desarrollo y consolidación del capitalismo, y su explotación del hombre por el hombre para poder derrotarlo, que internarse en las cuestiones de la matemática, de la crítica literaria o del derecho. Todo el mundo leía a Althusser y a Marta Harnecker. Y era natural que así fuera. La urgencia por un mundo nuevo y un hombre nuevo desdibujaba la herencia de la tradición académica, de los patrimonios de la cultura acuñados por la burguesía a quien había que derribar. Las cosmogonías tomaban el lugar del relato particular. La teoría política, la crítica de la ideología, que habían sostenido justamente el proyecto de recontextualización de la universidad desde los varios campos del saber, comenzó a desplazar los contenidos específicos del discurso de cada disciplina, sea que se tratara de la crítica literaria, de las ciencias sociales o del psicoanálisis. No había lugar para la convivencia discursiva, sólo alterización e imperioso designio de la sustitución del discurso del otro. Y más allá del perfilamiento de un discurso político independiente que había empezado a instalarse como respuesta a las demandas nuevas de la sociedad, y que se discriminaba de la retórica de los grupos y sectores tradicionales y sus partidos, una fuerza centrípeta y unificadora, un viento hacia adentro de aquellos mismos grupos atraía al independentismo a ingresar en la disciplina estructurada de las organizaciones, tanto a las que apostaban a la liberación por distintas vías de lucha armada, como a las que se reclinaban en el levantamiento popular progresivo. Y los estudiantes estábamos ahí, esperando la oferta, esperando al protagonismo en todo lo que veíamos como la cons-

² Dirigente obrero cordobés del gremio de Luz y Fuerza.